

FRAY DIEGO VELAZQUEZ

LA EPOPEYA DE CALATRAVA, OBRA DE FRAY DIEGO VELAZQUEZ

(Conclusión)

Hablando de los comienzos de la Orden Militar de Calatrava, escribe un ilustre historiador de nuestros días: «Ciertos autores han hecho de él (Fray Diego Velázquez) el creador de Calatrava; esto es una exageración que indica un desconocimiento de los hechos. La fundación se debe a las dotes de organizador, a las cualidades excelentes de jefe que reunía San Raimundo. La empresa no se pudo llevar a cabo, sin el criterio cierto, el método y prudencia exquisitas de Raimundo, y, sobre todo, sin aquella santidad que subyugaba a las masas» (36).

Ciertamente no es Fray Diego Velázquez el fundador oficial ni se lleva los honores en este sentido; es su glorioso abad aureolado con virtudes heroicas y genio organizador quien se lleva todo el honor. Sin embargo, de no haber tenido a su lado un monje lleno de virtud también, con valor sobrehumano y tal vez más dotes de organizador que el Santo por haberse criado y ejercido el arte de la milicia, de seguro no se lleva a cabo la empresa de Calatrava. Está bien claro en los documentos la parte destacada y activa de nuestro monje. El fue quien ideó la defensa de la plaza, quien persuadió a su abad a tomarla por su cuenta, y quien, en definitiva organizó los escuadrones. Y no

(36) F. GUTTON, *L'Ordre de Calatrava*, o. c., pg. 37.

fue tarea fácil convencer al abad. La primera respuesta de éste al requerimiento de Velázquez fue una rotunda negativa y quizá alguna palabra poco grata a sus oídos.

Pero Fray Diego no se desalentó, volvió a la carga y ganó la primera victoria conquistando a su abad. No fue, pues, fundador oficial, pero sí principal impulsor, la fuerza motriz que puso en movimiento la gran máquina dispuesta por San Raimundo para repeler a los árabes y salvar a España.

Todos los autores, casi sin excepción, están acordes en conceder a Fray Diego Velázquez la honra de haber lanzado la primera idea por la defensa de Calatrava.

«Viendo al rey preocupado —escribe D. Rodrigo— porque nadie quería encargarse de la defensa de Calatrava, persuadió «suasit» a su abad que pidiese al rey la plaza, y aun cuando en un principio, el abad se sintió contrariado, al fin condescendió con los deseos del monje» (37). San Raimundo consideraba la empresa ajena a la profesión de monje, por eso se resistió en un principio, pero cedió luego a las insistencias del monje.

«El Santo y juycioso Abad —añade el P. Muñiz— que jamás había pensado en una novedad tan extraña, no sólo tuvo por disparatada y digna de desprecio la propuesta, sino que la miró desde luego revestida de un espíritu de vanidad, y de una libertad reprehensible, como él mismo se lo significó a Velázquez en términos llenos de santo y apacible enfado. Aunque Velázquez tuvo que sufrir esta primera repulsa, de su abad, no desistió de su empresa, hasta tanto que llegó el feliz momento en que inspirado de Dios el Santo Abad se rindió a las repetidas instancias de su súbdito.» (38)

«Hallándose en Toledo fray Raimundo, abad del insigne monasterio de Fitero, de la Orden de Cister, natural del Obispado de Tarazona (y no de Barcelona como dice Rades) aceptó este rpelado la empresa **persuadido** de un monje suyo llamado fay Diego Velázquez (natural de Bureba no lexos de Burgos) muy emparentado en la casa Real, y que en su mocedad auia seguido la milicia. Y juntando mucha gente de a pie y de a cavallo (y entre ella los religiosos de su monasterio, que le parecieron más aptos para la guerra) caminó para Calatrava.» (39).

(37) *De rebus Hispaniae*, lib. VII, c. 14.

(38) *Médula Histórica*, o. c., pg. 365.

(39) A. LOBERA, *Historia de las grandezas de la Iglesia de León*, Valladolid, 1596, fol. 84.

«Tratando con su Abad este negocio, le animó a que tomase a su cargo esta empresa, confiando en el diuino favor. Al principio estuuo lexos de hazer lo que le aconsejaua su compañero el Santo Abad: mas fue tal la instancia de Fray Diego, que acabó considerando la mucha prudencia deste santo monge y mucha experiencia y práctica que tenía en cosas de guerra, comunicado primero muy bien el negocio con Dios en la oración, vino a condescender con los ruegos del compañero y a pedir la defensa de aquella tierra al Rey do Sancho.» (40).

«Se halló presente en la Corte estando el Rey en Toledo, Raymundo Abad de Fitero y vn Monge compañero suyo llamado Fray Diego Velázquez ,hombre exercitado en la Milicia antes que fuesse Religioso. Considerando el Monge la pena con que estaua el Rey, persuadió al Abad Raymundo, que pues nadie queria encargarse de la Fortaleza de Calatraua, fuesse el al Rey y se la pidiesse. El Abad al principio juzgando que eran temeridad acometer vn hecho tan grande como aquel, ni estado rico ni pertrechado con armas, hazíasele muy de mal y reparaua mucho. Tanto le persuadió el Monge Diego Velázquez que al fin se resoluo de yr a hablar al Rey D. Sancho y dezirle q. el se obligaua a sustentar aquella Fortaleza.» (41).

«El persuadió a San Raimundo que se encargase de la defensa de Calatrava, y como era competentísimo en el manejo de las armas, por haber militado en el ejército antes de ser monje, se puso al frente de un ejército que dirigió certeramente contra los infieles, tomando una parte muy destacada en la erección de la milicia calatravense.» (42).

«El Rey (Sancho III) consultó el asunto con Fray Diego Velázquez, que con fray Raimundo, abad de Fitero, había ido a Toledo a gestionar algunas cosas en la corte. Fray Diego, de notable linaje, valeroso y muy exercitado en las cuestiones de guerra por haberse criado en la corte de D. Alonso, infundió ánimos en el Rey, y expuso el caso a su Prelado, quien temeroso también y lleno de inquietud, nada quiso resolver, hasta que al

(40) FR. BERNABÉ DE MONTALVO, *Crónica de la Orden del Cister*, Madrid, 1602, pg. 207.

(41) FR. ANTONIO DE YEPES, *Crónica General de la Orden de San Benito*, Valladolid, 1618, t. VII, fol. 477, c. 1.^a.

(42) «Ipse enim Beato Raimundo ut in se Calatravensis urbis defensionem susciperet, suasit; et ut erat in rebus bellicus diuturno exercitio strenuus exercitum Catholicorum contra infidelesviriliter duxit, et in novae Militiae erectione maximam navavit operam». HENRÍQUEZ, *Menologium Cisterciense*, Antuerpiae, 1664, pg. 214, not. b.

siguiente día Fray Diego le contó el sueño o visión que por la noche había tenido, y que el Abad tomó por inspiración divina; hicieron juntos oración y fueron en seguida a manifestar al Rey su propósito en cargarse de la empresa, a lo cual accedió don Sancho después de haberlo consultado con los grandes consejeros.» (43).

«Comunicaba el Rey —añade Mascareñas— todas sus cosas con Fr. Diego Velázquez, por la amistad y conocimiento antiguo; y como entonces no se hablava en otra materia en la Corte, sino del peligro grande en que se hallava la Christiandad de España, por no aver quien se atreviesse a defender la fortaleza de Calatrava, entre los negocios que trató con él (como tan experto y acreditado en la guerra) fue éste el principal, manifestándole lo afligido y angustiado que se hallava por estar una Plaza como aquella (puerta de la Christiandad destas partes) en notorio peligro de perderse, y con ella el Reyno de Toledo, si alguna persona señalada no quisiesse tomar por su cuenta la defensa.» (44).

Como se ve, es unánime el sentir general de la parte destacadísima de Fray Diego en la defensa de la plaza de Calatrava. Aunque alejado del mundo y retirado en la vida penitente del desierto, no por eso había renunciado nuestro monje al deber sagrado del patriotismo. Al ver la patria en peligro, cuando vio que los grandes rehusaban encargarse de la defensa, sintió rejuveecerse la sangre en sus venas: Se presentaría al rey, se le ofrecería cargar sobre sí aquella arriesgada empresa, pero antes debía decidirlo y merecer la aprobación de sus abad. Era un gran patriota, pero también era buen monje, y no podía decidir nada mientras no obtuviera la aprobación y beneplácito de aquél.

Algunos historiadores suponen una intervención sobrenatural en estos primeros y difíciles momentos. Cuentan que por la noche, se levantó el monje a hora intempestiva y acudió al aposento del abad y le despertó con estas expresiones: «Santo abad, santo abad, vamos a defender Calatrava».

San Raimundo le despidió juzgándole víctima del delirio, pero de allí a un rato volvió a insistir sobre el mismo tema, y San Raimundo aceptó tomándolo como inspiración del cielo.

He aquí cómo un ilustre biógrafo nos describe estos mo-

(43) N. ALONSO PERUJO, *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, Barcelona, 1885, t. II, pg. 436.

(44) *Deficiones de Calatrava*, o. c., pg. 10.

mentos dramáticos: «Apartóse del Rey Fray Diego Velázquez, dexándole tan congojado, como él se sentía también afligido, por ser el negocio tan arduo, y tan grave. Comunicólo él a su Prelado Fray Raymundo; y todo el resto de aquel día passo entre imaginaciones y discursos, pensando en qué manera se podría procurar el remedio. Cargado de tan molestos pensamientos se acostó, y se entregó al descanso. Sucedió luego una cosa de harta admiración (sin duda milagrosa) porque al primer sueño el que en otro tiempo avia sido valeroso Capitán, encendido en el amor de Dios, y en la afición que tenía a su Rey, soldado ya de Christo, se vistió de nuevo valor y deseos de intentar vencer con ambas armas al enemigo de su santo nombre.

«Fue assi que impelido y forçado de divino espíritu, se levantó como en sueños, y despavorido se fue al aposento de Raymundo que estava contiguo al suyo, y con voces descomedidas y alteradas, que no parecían de su ordinaria modestia, le despertó diziendo: **Santo Padre vamos a la guerra contra los moros.** El Santo viejo admirado de lo que miraua, como quien bien conocía la Religión, quietud y discreción de Fray Diego, le despidió con amor, y con blandura: mandándole se volviese a su aposento, diciendole: que la verdadera guerra del Monge avia de ser la quietud y soledad, hacer penitencia y llorar sus culpas y las del pueblo.» (45).

Los testimonios aducidos creemos serán más que suficientes para probar la parte destacada de Fray Diego Velázquez en la defensa de Calatrava. Bien le podemos considerar, si no fundador, al menos cofundador con San Raimundo, pues de él partió la primera idea, y sin él no hubiera dado un paso el Santo. Ambos monjes se complementaban maravillosamente. Mientras uno predicaba, el otro se encargaba de organizar las mesnadas de voluntarios surgidos por doquier.

No estamos de acuerdo con dos afirmaciones de Vicente La Fuente. Califica a Fray Diego Velázquez, compañero de San Raimundo en la fundación de Calatrava, de «intrépido anciano». Ya dejamos dicho anteriormente que se crió en el palacio, en compañía de don Sancho. Ahora bien, si éste murió en 1158, a

(45) *Ibidem*. Otras palabras muy dignas de notar se ofrecen en el mismo lugar: «Este buen monge, inspirado de Dios (a lo que se cree) viendo que ninguno de los grandes, ni Prelados se teuia a emprender la defensa de Calatrava, persuadió a su Abad la pidiese al Rey con el partido que prometía y confiase en Dios le daría gente y dineros conque pudiesse defender aquella villa y fundar en ella un Convento de su Orden».

los 27 años, no es posible que Fray Diego tuviera muchos más, pongamos de 30 a 35, de lo contrario mal hubieran emparejado, pues nunca se da a un chiquillo por compañero un hombre entrado en años, a no ser como instructor, y esta especialidad no se deduce de los documentos.

Luego, después de afirmar el sentir general de los historiadores, a saber que «rehusaba el Santo echar sobre sus hombros la temeraria empresa de sostener a Calatrava, en punto tan avanzado y rodeada de musulmanes, y según parece no accedió a ello sino vencido por las instancias del brioso Velázquez, en quien las austeridades monásticas no habían apagado el ardor belicoso», añade unas palabras en las cuales se contiene un marcado anacronismo. «Sobre las excitaciones de Velázquez —añade La Fuente— hubo además la exhortación del Arzobispo don Rodrigo de Toledo, que no solamente le alentó a la empresa, siendo él muy propenso a las de aquel género, sino que publicó en su Diócesis indulgencias plenarias para todos los que coadyuvasen a la conservación de Calatrava» (46).

No es cierto que don Rodrigo interviniera en la gesta de Calatrava, pues aún no había sido elevado a la sede primada de España (47). Este honor correspondió a su antecesor Juan, quien aprobó los planes de San Raimundo y le orientó a través de su consejo. En la escritura de donación de Calatrava a San Raimundo aparece la firma de este prelado «Joannes Archiepiscopus toletanus».

«Hecho el contrato —afirma Mascareñas— se despidió Raimundo del Rey D. Sancho que le dió luego su favor, y largas limosnas para comêçar la empresa. Ayudóle tâbién mucho el Arçobispo de Toledo D. Juan, quarto en ordê después de su restauración que considerando la importancia de aquella Villa, para quitud del reino, acudió con dinero, armas y bastimentos, en lo temporal, y en lo espiritual con publicar Cruzada y conceder indulgencia plenaria y remisión de pecados a los que se hallasen o ayudassen a la defensa.» (48).

No era novedad en la Orden del Cister acometer empresas guerreras de las características de Calatrava. Es cierto que en

(46) *España Sagrada*, t. 50, pg. 45.

(47) Es más, ni siquiera había nacido, pues comúnmente ponen su nacimiento los historiadores entre 1170 y 1180, y no fue elevado a la sede primada de Toledo hasta 1208, cincuenta años más tarde de la creación de Calatrava. Falleció ahogado en el Ródano en 1247.

(48) *Deñiciones de Calatrava*, o. c., pg. 11-12.

un principio San Raimundo se mostró reacio ante la propuesta de Fray Diego de Velázquez, pero quizá recordando el modo de proceder de otro monje de la Orden, guía —hoy diríamos con más exactitud líder— de los demás monjes, al ver la patria en peligro, aceptó la idea de Velázquez y se decidió a poner en práctica todo un plan de defensa con magníficos resultados. La ocasión era apremiante; por eso acudieron al rey, ofreciéndose tomar sobre sí la responsabilidad de la defensa (49).

El rey don Sancho respiró tranquilo, y al poco tiempo les hacía cesión de la plaza por medio de escritura pública de la cual entresacamos algunos párrafos:

«Por cuanto la clemencia de la dignidad Real debe encaminarse principalmente a agradar incesantemente a Dios todopoderoso, en cuya mano están sin duda los corazones de los reyes, y poner diligencia para servir con piadosa intención al mismo Dios, sin el cual ni se puede alcanzar el reino de la tierra ni menos el sempiterno; por eso yo, Sancho, rey por la gracia de Dios, hijo del Señor D. Alfonso, ilustre emperador de las Españas, de buena memoria, movido por divina inspiración, hago carta de donación y texto de escritura para siempre valedero, a Dios y a la bienaventurada Virgen María y a la santa Congregación del Cister, y a vos D. Raimundo, abad de Santa María de Fitero, y a todos vuestros hermanos, así presentes como venideros, de la villa que se llama Calatrava, para que la tengáis y poseáis exenta, libre y pacíficamente por juro de heredad desde ahora para siempre y la defendáis de los paganos enemigos de la cruz de Cristo con su favor y el nuestro. Y digo que entradas y salidas, y con todos sus derechos pertenecientes a dicha os la doy con sus términos, montes, tierras, aguas, prados, pastos, villas...

Hecha la carta en Almazán, en la Era MCXVI, en el

(49) Nos desagrada el modo de sentir de algún escritor, quien afirma que no fueron los monjes los que se ofrecieron para defender Calatrava, sino que fue el rey quien les pidió, en cierto modo, se encargaran de la defensa. Este modo de pensar está en pugna con el texto de D. Rodrigo, quien da a entender que fueron los monjes quienes se ofrecieron al rey: «Didacus Velasqui... videns Regem sollicitum pro discrimine Calatravae, suasit Abbati ut a Rege peteret Calatravam...». (De *Rebus Hispaniae*, lugar cit.).

mes de enero, el año que murió el famosísimo D. Alonso emperador de las Españas...» (50).

La primera gestión de ambos monjes fue poner en conocimiento del arzobispo de Toledo, «quien oyendo el santo propósito, dio gracias a Dios y prometió al punto ayudarles cuanto estuviera en su mano, haciendo publicar por todas partes que todos cuantos acudieran en defensa de Calatrava, obtendrían la remisión de todos sus pecados» (51).

Fruto de la predicación de San Raimundo fue la multitud de voluntarios que acudiesen a ponerse bajo sus órdenes. Del monasterio de Fitero sacó cuantos monjes había aptos para empuñar las armas y se sintieran con ánimos para secundar la acción del santo. También se llevó consigo cuantos viveres halló en sus numerosas granjas. Entre cruzados y monjes logró reunir un poderoso ejército de veinte mil hombres, encaminándose seguidamente a Calatrava.

Sobre este punto relativo al número de combatientes, hay entre los autores una discusión que conviene dejar aclarada. El «fiteriense», al que sigue Manrique (52), Moret (53) y algún otro, afirma que está equivocado el texto de don Rodrigo, quien escribe **viginti millia hominum**, en vez de **viginti millia ovium**. Les parece difícil que un abad pudiera reunir tanta cantidad de soldados, cuando los mismos reyes se veían apurados por lo pequeños de sus estados y estar poco poblados. Juzgan más fácil la reunión de veinte mil ovejas en las granjas del Monasterio.

Toda la dificultad radica en el falso supuesto de creer que fue Fitero sólo y los terrenos pertenecientes al Monasterio de donde sacó tal contingente de hombres. No fue así, sino de los tres reinos: Castilla, Aragón y Navarra. Insisten los contrarios

(50) Cfr. *Definiciones de Calatrava*, o. c., pg. 33. *Anales Cistercienses*, a; 1158, t. II, c; 1.º pgs. 303-304. *Médula Histórica cisterciense*, lug. cit. página 19. CRISÓSTOMUS HENRÍQUEZ, *Regula Constitutiones et Privilegia Ordinis Cister.* Antuerpiae, 1630, pg. 486. La era 1196 corresponde al año del Señor 1158. La frase «en el año que murió el famosísimo señor D. Alfonso, emperador de las Españas» puede dar lugar a confusión. Para evitarlo, téngase presente que antiguamente había diversas formas de contar los años, siendo una de las más principales la que se empezaba a contar desde el mismo día del suceso hasta el mismo día del año siguiente. Según esto, habiendo fallecido el emperador el 21 de agosto de 1157, el mes de enero de 1158 quedaba dentro del primer año de la muerte de este monarca.

(51) A. MANRIQUE, *Anales Cistercienses*, lug. cit. en la nota anterior.

(52) *Ibidem*.

(53) *Anales del Reino de Navarra, Tolosa*, 1890, t. III, pg. 377.

en que no era preciso tantos cruzados, pero se echa de ver que se necesitaban esos y muchos más para hacer frente a un enemigo tan poderoso y numérico como se estaba avvicinando.

El P. Muñiz asegura que no le fue posible ver el texto original de D. Rodrigo, pero manejó otros manuscritos copias de aquél, y en ellas se insiste en que fueron hombres. Por lo tanto, es seguro que San Raimundo llevó para defender Calatrava un ejército compuesto no por veinte mil ovejas, como quiere el «fiteriense», sino de veinte mil soldados. Eso no obsta para que al número de soldados correspondieran también las reses para atender a su mantenimiento.

Llegado todo el contingente de cruzados a Calatrava, se iniciaron los trabajos de fortificación de la plaza, siendo Fray Diego Velázquez el alma de la defensa: «Fortaleció luego la villa de gente, murallas, pertrechos baluartes, con ánimo y diligencia, y empuñando el Bastón de General (San Raimundo) empezó la defensa de aquella importante plaza... Con la fama de estas prevenciones desistieron los moros de la empresa; mas Fray Diego Velázquez, conociendo su temor, no sólo los apartó de aquel distrito, más los venció muchas veces haziendo gruesos despojos, y proveyó con ellos la villa de manera que los Moros perdieron la esperanza de conquistarla» (54).

«Puso en tal defensa a Calatrava el Santo Raimundo —añade Moret— y la mantuvo con tal crédito, por los cinco años que asistió allí e hizo oficio de capitán general de aquella frontera, que desvaneció del todo el nublado y riesgo común de España, no atreviéndose el poder inmenso que juntaron los mahometanos en Africa y España a tentar lo que la fama publicaba inexpugnable, y tocó con las manos la experiencia en correrías intentadas por la frontera rebatidas con mucha sangre suya y escarmiento para adelante» (55).

Se había conseguido plenamente y sin efusión de sangre el objetivo previsto por los dos monjes al comprometerse a tomar sobre sus hombros la arriesgada empresa; defender Calatrava, la posición más avanzada del catolicismo hispano. Mas no fue sólo esto: Dios tenía previsto otro designio, escoger a San Raimundo y a Fray Diego Velázquez para fundadores de una nueva Orden militar. Porque viendo desaparecido el peligro de inva-

(54) *Definiciones de Calatrava*, o. c., pg. 12, c. 2.^a.

(55) MORET, o. y lug. cit., pg. 371.

sión, muchos cruzados emprendieron el regreso a sus hogares, otros, en cambio, mostraron deseos de continuar su vida de servicio a la patria, y San Raimundo discurrió el modo de hermanar la vida de monje con la de guerrero, porque él también quedaría en la brecha sirviendo a España: «Empeçó luego Raimudo a pensar y a poner en práctica después algún modo conveniente, conque siguiendo súbditos de la milicia, no olvidasen la vida y observancia regular, ni dexasen las ceremonias del culto divino».

«El santo deseó que aquella defensa de la frontera no fuese para sola aquella ocasión, sino que se fundase en Calatrava un baluarte permanente que asegurase para adelante la cristianidad. Y en orden a eso, movido de Dios y hallando muchos manebos nobles llamados por él a mayor perfección, fundó una Orden de Caballería y les dió constituciones, mezclando con maravillosa traza la observancia de los monjes del Cister con ejercicios de caballería de hombres a quienes llamase igualmente en la quietud y en el rebato la campana al coro y el clarín a la campaña, alternando en los salmos y alabanzas de Dios los duros encuentros de las lanzas y las espadas con los combates por mantener su fe» (56).

ULTIMOS AÑOS DE FRAY DIEGO VELAZQUEZ

Como no es nuestro fin ofrecer una semblanza completa de la Orden de Calatrava, pasamos por alto muchos hechos relacionados con los primeros tiempos de esta Orden, así como los muchos cargos gratuitos que se hacen a su Santo Fundador. En otros lugares hemos reivindicado a este Santo, desvaneciendo muchos errores propalados por escritores poco recatados que intentaron oscurecer la figura radiante de San Raimundo (57).

Aquí sólo nos circunscribiremos a los últimos episodios relacionados con nuestro héroe; porque Fray Diego Velázquez no

(56) *Ibidem*.

(57) Cfr. Introducción a la obra *El Real Monasterio de Fitero* (en prensa). *Orígenes de la Orden de Calatrava*, en «Cistercium», año X (1958), pg. 284. Allí defendimos la falsedad propalada por el «fiteriense» de que San Raimundo trasladó todos los monjes de Fitero a Calatrava, así como otras muchas de la misma índole. Si el Santo hubiera obrado con la culpabilidad que le infiere el aludido autor francés, nunca la Iglesia ni la Orden le hubieran reconocido por Santo.

era solamente un genio organizador y brazo derecho de San Raimundo en la defensa de Calatrava: era también un héroe, un auténtico luchador y defensor de la Patria, que infundía coraje en los soldados menos animosos.

El historiador Samper, aludiendo a los árabes, escribe: «Fray Diego de Velázquez conociendo su temor, hizo diferentes correrías en sus tierras (moros) de donde sacó grandes despojos y proveyó con ellos la Villa de manera que los Moros perdieron la esperanza de conquistarla».

Seguidamente añade aquella anécdota tan conocida de los primeros tiempos referente a los soldados forjados por San Raimundo y Fray Diego.

«Hallándose un día (el rey D. Sancho) en el Sacro-Archi-Monasterio a tiempo que se ofreció rebato de Moros, vio la prisa, ánimo y valor con que los Monges y Cavalleros salían a pelear con el enemigo: y viendo después a los mismos recogidos en el choro a Completas con las manos cruzadas y los ojos baxos cantando las divinas alabanzas con notable espíritu; admirado S. M. de tan grande mudança dixo al Abad: «Pareceme Padre, que el son de las trompetas haze de vuestros súbditos lobos, y el de las campanas corderos». «Será —respondió el Abad— porque aquellos les llaman para resistir a los enemigos de Cristo y vuestros y estos para alabarle y rogar por Vos» (58).

Después de organizar la defensa de la plaza y tomar parte en notables hechos de armas favorables a la Corona de Castilla, se eclipsa casi por completo la figura de Fray Diego, de tal suerte que apenas se sabe más de él hasta sus postreros años. De todas maneras no es cierto lo que dice Gutton: «Fray Diego Velázquez, que había sido el brazo derecho del abad Raimundo, después de la muerte del Santo no permaneció más tiempo en Calatrava. Abad de San Pedro de Gumiel de Izán, murió allí en 1196 (59)». En ninguna parte consta que se retirase de Cala-

(58) H. SAMPER, *Montesa ilustrada*, Valencia, 1669, t. I, pgs. 139 y 141.

(59) «Fray Diego Velazquez, qui avait été le bras droit de L'Abbé Raymond, n'était plus avec eux: Abbé du monastere de San Pedro a Gumiel de Izan, il y mourut en 1196». (Cfr. *L'Ordre de Calatrava*, o. c., pg. 37).

trava después de la muerte de San Raimundo (60), y menos que fuese abad de San Pedro de Gumiel.

Nunca ostentó la dignidad abacial, únicamente aparece como prior de Calatrava, cargo que desempeñó hasta su retiro al monasterio: «Se cree que Fray Diego Velázquez —escribe Manrique— insigne en la paz y en la guerra, en el valor y en el espíritu, fue el primer prior que tuvo San Raimundo mientras vivió y fue compañero en la fundación, y después de la muerte del Santo, fue como padre y amigo amantísimo de los súbditos de Calatrava, y a él se debe el que nunca haya faltado en Calatrava la sombra de la cogulla cisterciense» (61).

«D. Fray Pedro Abad de Morimundo, quando fue admitida la Orden de Calatrava, nombró primer Prior del Sacro Convento a Don Fray Diego Velázquez, compañero inseparable, el qual en ausencia del Abad Raymundo avia quedado en Calatrava sucediendo en espíritu y valor. Nunca le faltó cogulla, que Maestra la rigiese, o amiga la dotrinase. Algunos años gobernó la Orden, hasta que adquirido San Pedro de Gumiel a Morimundo, se retiró a su primera cuna y último descanso el anciano valeroso, en la campaña caudillo sin igual, y en el Claustro prelado Venerabilísimo, donde murió año mil ciento y noventa y seis» (62).

En este relato de Zapater existen varias inexactitudes. No consta que Fray Pedro le nombrase prior, ni que gobernase la Orden, y menos que fuese prelado de San Pedro de Gumiel.

Permaneció en Calatrava por espacio de muchos años, siendo el alma de la defensa. Al fin, añorando la vida de completo alejamiento del mundo, se retiró a la paz de San Pedro de Gumiel donde perseveró en el anónimo por espacio de diez años. «El otro buen monge Fray Diego Velázquez, su compañero, también es tenido por fundador desta Orden pues como está dicho fue el que persuadió al Abbad Raymundo que tomase la empresa de Calatrava, temida de todos los grandes del Reyno. Y también le dió parecer para instituyr y fundar esta Orden de

(60) Sobre este punto hay una divergencia notable entre los autores. La mayoría coloca la muerte de San Raimundo en el año 1163, pero está dentro de lo probable que sucediera mucho antes, hacia 1160, como prueba documental y razonablemente el P. Manuel de Calatayud en su obra *Memorias del Monasterio de Fitero*, actualmente en prensa con este título *El Real Monasterio de Fitero*.

(61) *Anales Cistercienses*, año 1187, c. V, núm. 1.

(62) MIGUEL RAMÓN ZAPATER, *Cister Militante*, Zaragoza, 1662, pg. 161.

religiosa Cavalleria. Dice el Arçobispo Dn. Rodrigo que este fray Diego Velázquez murió en el Monasterio de San Pedro de Gumiel, que es de la Orden de Cister, en el Obispado de Osmá, junto a la villa de Gumiel de Zan, el cual fue fundado por esta Orden de Calatrava, como consta por la tercera regla de forma de vivir» (63).

El analista Manrique señala la fecha de retiro a San Pedro de Gumiel, así como el tiempo que perseveró allí hasta su muerte; es más, nos ofrece la cronología aproximada de su vida en el Cister con las siguientes palabras: «No consta cuántos años vivió en un principio en el monasterio de Fitero. En Calatrava, treinta y cuatro. En San Pedro de Gumiel vivió por espacio de un bienio, y tomó el hábito cuando era de edad avanzada..., pues se retiró el año 1187, y allí vivió el resto de sus días, muriendo piadosamente en el Señor hacia el año de Cristo 1196 (64)».

Tres causas principales contribuyeron —en sentir de este ilustre historiador— a hacerle doblegar ante la servidumbre de la muerte: el peso de los años (65) y continuas enfermedades, las discordias surgidas en el seno de la Orden de Calatrava, y la pérdida de esta plaza después de la desgraciada jornada de Alarcos (66). Las tres razones nos parecen sólidas y capaces de hacer sucumbir al valeroso caballero de otro tiempo, pero de las tres la que más debió influir en su ánimo fue la última, ver Calatrava en poder de los enemigos de la Cruz de Cristo. Terrible prueba para un anciano que gastó su vida precisamente para defenderla; medio purificante de que Dios se valió para purificar aquella alma siempre fervorosa y fiel a su Dios, pero que es difícil la mantuviera intacta de afectos terrenos.

(63) F. RADES, *Chronica de las tres Ordenes y Cavallerias de Santiago, Calatrava y Alcántara*, Toledo, 1572, fol. 9.

(64) «Quot annos primun in Fiterio vixerit, non constant. In Calatrava quatuor et triginta. In Sancti Petri Coenobio Bumiensi biennium Consumaverat, et induit habitum vir proeuctae aetatis... nam ipsum anno MCLXXXVII secessit in Coenobio Sancti Petri...», *Annales*, a. 1196, C. I, número 9-10.

(65) No creemos que fuera muy anciano —poco más de sesenta años— a juzgar por lo que en otra ocasión hemos dicho, de haberse criado en compañía de Sancho III de Castilla, nacido, como se sabe en 1140 ó 1141.

(66) La desastrosa jornada de Alarcos, acaecida el 19 de julio de 1195, fue una de las páginas más tristes de la historia española. Se cree que murieron en ella unos diez mil caballeros de las Ordenes Militares. Al poco tiempo sucumbió Calatrava. Fray Diego Velázquez no pudo resistir esta tragedia.

Su muerte fue la de un santo. Así lo reconocen unánimes los historiadores. Don Rodrigo recoge los postreros suspiros del esclarecido héroe con estas lacónicas frases: «Fray Diego Velázquez vivió mucho tiempo —después de la fundación de la Orden— a quien me acuerdo haver visto alguna vez, murió en el Monasterio de San Pedro de Gumiel y allí está sepultado. Descanse en paz» (67).

«El otro deuoto y santo monge F. Diego Velázquez tuuo también parte en la fundación de la milicia de Calatraua, y fue el que principalmente ordenaua los escuadrones y acaudillaua a los monges y caualleros que salian a pelear contra los infieles, es también tenido por santo. El arçobispo don Rodrigo diçe que viniendose a viuir en su vejez al Monasterio de San Pedro de Gumiel de nuestra Orden de Cister, murió allí muy santamente y fue sepultado en la misma casa, en la sacristia del dicho monasterio, donde aora esta y ay en ella grandisimas reliquias de Santos. Su sitio en el Obispado de Osma, junto a la villa Gumiel de Zan.» (68)

El P. Muñiz une su voz a los demás historiadores para reconocer en nuestro monje un dechado de virtud: «Fray Diego Velázquez, que tanto ayudó al Santo Abad Raymundo desde los primeros pasos que dieron, así para la consecución de la donación de Calatrava, como para la defensa y reparo de la Plaza; cuya memoria debe gravarse eternamente en la de todos los Profesores de esta inclita Milicia, por reputarse este V. Varón principal promovedor de esta sagrada Orden. Su cuerpo se conserva en el Monasterio de San Pedro de Gumiel, de nuestra Congregación, donde murió, y adonde se cree fue su retiro después de la pérdida de Alarcos (69). En este año de setecientos ochenta y cinco se trasladó su sepulcro de la Iglesia vieja, que amenazaba ruina, a la nueva. Yo mismo soy testigo de que acercándose a su sepulcro se percibe una fragancia admirable, y más de una vez me ha servido de consuelo repasar en él tantas ma-

(67) «Didacus Velasqui postea diu vixit, quem etiam memini me vidisse, e obliit in Monasterio Sancti Petri de Gumiello, et ibi sepultus est, requiescet in pace». (De Rebus Hispaniae, lib. VII, c. 14).

(68) FR. BERNABÉ DE MONTALVO, *Crónica de la Orden Cisterciense*, o. c., pg. 217.

(69) *Médula Histórica Cisterciense*, t. VI, pgs. 93-94.

ravillas como Dios ha obrado en la institución de Orden tan esclarecida (70).

Manrique nos ofrece el epitafio castellano que habia sobre su tumba, pero traducido al latin. He aquí la traducción del mismo:

«Aquí yace el bienaventurado Diego Velázquez, varón esclarecido por su sangre, educado desde su infancia en la Corte de Alfonso el Emperador, en compañía del príncipe Sancho a quien a poco de la muerte de su padre le dieron el sobrenombre del Deseado por el tenor de su vida y virtudes: Querido de uno y otro y valeroso soldado en la Milicia del siglo, despreciando después las cosas temporales, se retiró al Monasterio de Fitero donde tomó el santo hábito bajo la disciplina de San Raimundo: a quien aconsejó después tomara sobre si la plaza de Calatrava para defenderla de los paganos, y por lo mismo instituyese la milicia del mismo nombre, por esta causa es su autor habiendo obtenido señaladas victorias sobre los enemigos de la fe. Por último, ya anciano, se retiró a este cenobio de San Pedro donde se dormió piadosamente en el Señor hacia el año de Cristo 1196, en gran opinión de santidad.» (71)

Como se ve, se insiste en una idea clave —la más honrosa para nuestro héroe— el haber sido **Autor de la Milicia** calatravense. En esta idea insiste el autor de los «Anales» y se complace en repetirla: «Hoc ipso anno... dolore pressus, sanctum tandem spiritum emisit gloriosus ille Author huius Militiae Didacus Velazquius», en este mismo año, oprimido por el dolor —de la pérdida de Calatrava— entregó su espíritu aquel glorioso **autor de esta Milicia de Calatrava** (72).

Idéntica cualidad reconoce y destaca el Menologio Cisterciense de la Orden: «La Orden de Calatrava fue instituída por inspiración y el consejo del bienaventurado Diego» (73).

(70) Se retiró antes, en 1187.

(71) Hemos dado a la traducción del epitafio cierta libertad, sin salirnos, claro está, de las ideas.

(72) Cfr. *Anales Cistercienses*, o. c., año 1196, c. I, núm. 9-10, pg. 399. tomo IV.

(73) «L'Ordre de Calatrava institué sous l'inspiration et avez les conseils du bienheureux Didace...», (*Monologe Costercien*, por un monje del monasterio de Timaduc, Sain Briec, 1898, p. 213, día 2 de julio).

Burgos, ciudad hidalga y venerada, cuna de reyes y nobles, solar de epopeya, rica en monumentos, rica en gloriosas y sanas tradiciones, bien puede sentirse ufana de haber criado un tal hijo que bien merece ser colocado en el número de aquellos grandes varones que se llamaron: Lain Calvo, Nuño Rasura, Fernán González, Rodrigo Díaz de Vivar..., etc.

Fray Diego Velázquez es toda una gloria nacional, pero principalmente lo es de su patria chica, Burgos (74).

Fray María DAMIAN YAÑEZ

(74) Los restos de Fray Diego Velázquez, el héroe nacional y burgalés, inhumados honrosamente en el monasterio de San Pedro de Gumiel, trasladados más tarde de la iglesia vieja a una nueva, en el siglo XVIII, cuando exhalaron aquel perfume admirable que recreó los sentidos del ilustre historiador P. Muñiz —según queda consignado más arriba—; sufrieron más tarde, posiblemente cuando la Guerra de la Independencia o en esos años cruciales de la historia de España, los efectos de la profanación. Personas piadosas de la comarca, recogieron los restos y los ocultaron en la propia casa. Años y años permanecieron ocultos tan venerados despojos, hasta que un día fueron ofrecidos a cierta persona pública para que los trasladara a un lugar honroso. Lo cierto es que tal persona no pudo por las circunstancias hacerse cargo de ellos. Ignoramos si por fin fueron arrojados a la fosa común del cementerio, según estaba proyectado, caso de no hacerse cargo de ellos dicha persona. Sería lamentable que los restos de tal héroe se vieran confundidos con los de la plebe, siendo acreedor a que se les guarde con el cariño y la veneración propia de los santos.